



OSCURA

Redención



KRISTEL

AUTORA FINALISTA DEL 2º CONCURSO INDIE DE AMAZON

RALSTON

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

©Kristel Ralston 2019
Oscura redención.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La pìratería es un delito y está penado por la ley.

SafeCreative: 1905110864261.

Diseño de portada: Karolina García Rojo ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, producto de la imaginación de la autora; cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“La clave de la vida es aceptar desafíos. Cuando alguien
deja de hacerlo, está muerto.”

-Bette Davis.

CAPÍTULO 1

Chase detestaba perder, y esa noche tuvo un partido de mierda. Si el idiota de Schölle no lo hubiese empujado contra el vidrio de la pista de hielo, la posibilidad de anotar en el marcador no se le habría escapado. Cuando se recuperó de la caída, los cinco segundos que quedaban de juego ya se habían esfumado y con ellos, la victoria que tanta necesitaba para pasar a los Playoffs.

Al salir de la pista, el humor de Chase empeoró.

Cuando entraron en los camerinos, el casco protector quedó de lado y también su paciencia. Le entregó el *stick* a uno de los asistentes del equipo y avanzó hasta los vestidores. El entrenador les aseguró a todos los jugadores que el desempeño en la pista fue sólido, pero a Chase le importaba un bledo. Si no ganaba, no servía de nada. Su enfoque era siempre llevar la delantera limpiamente, y batirse con quien fuese sobre el hielo hasta lograr anotar en la net contraria. Punto.

Se duchó con la rapidez que le proporcionaba los ocho años de práctica como jugador profesional en la NHL, seis de los cuales había ejercido como uno de los delanteros estrella de los Chicago Warriors. El chorro potente de agua caliente ayudo a su espalda, pero sabía que al día siguiente estaría en la camilla de masajes, porque los golpes que había recibido fueron bastante brutales. No solía quejarse, pero se temía que en esta ocasión sus costillas habían sufrido, a pesar de la protección del equipo con el que jugaba siempre, un poco más de lo normal.

—Vamos a un bar con los muchachos, ¿te unes, Beckett?
—le preguntó Olaf Kerrotov, el goalie del equipo desde hacía cuatro años.

—Prefiero quedarme en el hotel. No me apetece darle titulares a la prensa hoy cuando tenga ganas de hacer algu-

na estupidez si estoy bebido —replicó.

Kerr, como le decían todos, se encogió de hombros. Agarró una botella de Gatorade y se la bebió en pocos sorbos, después la lanzó al bote de basura.

—Si te animas estaremos en el bar Belmonte Side.

—De acuerdo...

Después de ajustarse la corbata del traje, y que usaban todos jugadores antes y después de cada juego como regla de imagen, caminó a paso de tornado con la intención de salir del estadio para reunirse con sus compañeros antes de que llegasen al hotel en el bus del equipo, y ya después cada uno iría por su lado a hacer lo que se viniese en gana. Un periodista intentó entrevistar a Chase, pero lo esquivó. Esa actitud con la prensa conseguía que su agente, Buck Kye, le diera un discurso sobre la necesidad de mantener una aproximación más solícita con los periodistas.

Chase tenía su propia filosofía y prefería no perder el tiempo tratando de ser más cercano, porque solo leía frases tergiversadas o comentarios salidos de contexto en los titulares, después de las dichas entrevistas. Tampoco esperaba laureles o párrafos aduladores, pero las mentiras que salían publicadas lo cabreaban. En una ocasión, incluso se tomó la molestia de acudir al editor de uno de esos periódicos para pedirle una rectificación, y lo que obtuvo a cambio fue otro titular en el que se lo tachaba de busca pleitos y caprichoso. Desde entonces, procuraba dejar los asuntos de comunicación a los ejecutivos de los Chicago Warriors.

Él resolvía sus problemas sobre la pista, a puñetazos o empujones cuando lo sacaban de quicio, y no estaba interesado en darle espacio a los cotilleos mal intencionados fuera de la pista. La NHL toleraba las peleas, al menos hasta que los jugadores involucrados en la riña dejaban un poco de sangre sobre el prístino hielo; después la intervención de los árbitros se volvía inminente. Sí, el hockey era un deporte tan noble como salvaje, y quizá por ese detalle en-

cajaba a la perfección con Chase, no por el aspecto noble, no.

Entró en el bus del equipo y se acomodó en el último asiento. No le apetecía ser sociable en esos momentos, y sabía que el estado anímico de sus compañeros no era mejor que el suyo. Estaba frustrado y necesitaba desfogar esas emociones. Mientras avanzaban sorteando las calles de Nashville, el teléfono no dejaba de vibrar en su bolsillo derecho. Revisó de mala gana la pantalla para ver de quién se trataba. Soltó un bufido al ver el nombre de su madre.

Nellamy Linard era la última persona con quien le apetecía hablar en ese instante o en cualquier otro para ser sincero. Guardó el teléfono. Una llamada de Nellamy, porque él había dejado hacía muchos años de decirle `mamá`, era sinónimo de problemas. «Que se las arregle sola al menos por una vez», pensó, y no sin sentirse culpable. A pesar de que ya habían pasado muchos años desde que abandonó el tóxico entorno en el que se había criado, la sombra de su conflictiva infancia continuaba acechándolo. Los periodistas se darían un festín si llegasen a enterarse de lo que él había ocultado dentro del negro baúl de su pasado.

Cuando estuvo en el hotel caminó a lo largo del pasillo, y después fue hasta el elevador. Presionó el botón del piso siete y esperó con impaciencia.

En esos momentos ninguna vista le era agradable, ni siquiera el lujoso espacio en el que estaban hospedándose durante su paso por Nashville. En esa jornada no solo habían perdido el partido, sino la posibilidad de acumular los puntos que les hubiera permitido entrar a los Playoffs de la Copa Stanley.

Su capacidad de recuperación física a los veintiocho años continuaba siendo óptima, pero ese día se sentía particularmente apaleado.

Quizá en el pasado había sido un cabeza hueca, muy dispuesto a disfrutar de todo lo que la fama, el dinero, y los buenos genes físicos que le había otorgado el universo, pe-

ro tenía que pensar en su futuro profesional. No se estaba convirtiendo en una persona más joven, y la rapidez con la cual los *rookies* de las diferentes divisiones de la liga manejaban el *stick* y se movían sobre la pista era brutal. No le costaba seguir el ritmo, pero Chase sabía que era un asunto de que pasaran dos años más para empezar a sentir los estragos de las lesiones en un deporte en el cual los profesionales solían retirarse a los treinta y cinco o treinta y seis años de edad. Cada derrota, como la de esa noche, le parecía más desalentadora que la anterior.

Necesitaba descargar su frustración, pero no con alcohol en un bar con sus amigos de los Warriors. Sabía que el hotel tenía una piscina muy grande y un jacuzzi. Tal vez combinar ambos le vendría estupendo para relajar los músculos. Con eso en mente decidió bajar a la piscina, pero debía primero dejar la maleta en la suite.

—Chase, espera, ¡Chase! —exclamó una voz femenina tras él.

Chase gruñó por lo bajo. «Una *fan* de aquellas que esperan que sea el padre de su hijo o que la mantenga de por vida.» Segundos después tuvo a la chica frente a frente. En esta ocasión se trataba de una rubia de ojos castaños y boca exhuberante pintada de rosa. El equipo de seguridad del hotel iba a tener quejas de su parte. Aunque, viéndolo bien, quizá la idea de relajarse en la piscina podría ser dejada de lado por algo más atractivo como lo era el tener sexo con una mujer dispuesta a complacerlo de todas las formas que él pudiese sugerir.

Necesitaba perder la conciencia, a través del placer que le podía producir un orgasmo mientras penetraba un cuerpo suave y dispuesto. El rostro de la dueña de esa anatomía quedaría en el olvido al día siguiente, como era habitual. No tenía que pensar en los sentimientos ajenos más allá del fin del acto sexual: placer. Punto.

Él ya había tenido una cuota bastante extensa de amantes cuyos nombres o rasgos faciales se habían convertido

en simples borrones de su memoria, y lo prefería de esa manera. Nadie salía herido y ambas partes la pasaban bien durante unas horas. Máximo unos cuantos días.

No quería a ninguna mujer cerca que pretendiese domarlo como si fuese un animal salvaje o un reto por alcanzar. Chase se consideraba un jugador de hockey de extremo a extremo, pero no incluía robarle la novia a nadie ni andar con mujeres casadas por más de que hubiera interesantes propuestas al respecto.

La idea de cambiar su forma de vida por una persona estaba fuera de la ecuación. Si alguna ilusa creía posible erosionar sus murallas de hierro, le daba pena. Su corazón estaba lleno de la tinta negra que el pasado había escrito. No tenía remedio, y su salvación continuaba siendo el hockey.

—¿Sí? —preguntó de mala gana. Le pareció que la chica no pasaba de dieciocho años. Él no era ningún perverso. Le gustaban las mujeres, no las chiquillas deseosas de complacer, pero sin tener la experiencia para conseguirlo. Tampoco era un maldito tutor sexual—. ¿Qué sucede?

La muchacha tenía una camiseta de los Chicago Warriors, con su número —por supuesto— el diecinueve. Ella lo miró sin aliento. Como si jamás hubiese visto el sol brillar hasta ese instante. Quizá en otro tiempo aquello le habría resultado interesante a Chase, pero ese fervor absurdo empezaba a causarle hastío. Algunas personas creían que su vida personal era igual de vibrante dentro y fuera del hielo; nada más alejado de la verdad. Aunque, ¿quién era él para intentar detener esos pensamientos cuando implicaban más ventas en la taquilla?

—Logré pasar la seguridad —dijo la muchacha en un jaeo, muy parecido al que hubiera podido emitir una persona después de haber corrido un campo de fútbol completo—. Solo quería decirte que eres el mejor. ¡El mejor! Te adoro, Chase, y el hecho de que hayas perdido hoy para mí no significa nada. Siempre serás un ganador. El mejor de todos —sonrió ampliamente.

Chase la miró un largo rato. Tenía unos pechos grandes, cintura esbelta, y por la falda tan corta que llevaba se veían unas piernas fabulosas. Él odiaba las aduladoras; odiaba las *grupies*, pero cuando estaba tan cabreado le venían estupendamente para diluir su frustración como ocurría en ese instante.

Le dedicó una mirada de arriba abajo sin ningún ápice de remordimiento.

La miró como si estuviera evaluando una joya expuesta para el beneplácito de un mercader. Se preguntaba si esas chicas carecían de verdad carecían del mínimo de autoestima o era todo parte de un teatro. Por Dios, ella era una belleza y podía conseguir a alguien más acorde a su edad. Aunque, una vez más, él sabía que era el dinero y la fama los que impulsaban a esas muchachas a ofrecerse como su pasatiempo en la cama. Algunas lo buscaban por la anécdota de contar a sus amigas que se habían acostado con un famoso jugador de hockey; a él, eso, le parecía más patético todavía.

Le era difícil discernir el verdadero motivo de la gente para acercársele y no confiaba en las intenciones de otros, menos cuando su propia madre continuaba recordándole esa lección de vida. Al menos sabía que su agente recibía dinero para cuidar de sus intereses profesionales, y era una transacción que no tenía nada que ver con la amistad. Buck sabía que si a Chase le iba bien, a él de igual forma; no existían mentiras al respecto y todas las pruebas estaban respaldadas por un poderoso equipo de abogados. «Cuentas claras, compañías duraderas», decía un refrán popular.

—¿Qué tanto me adoras? —le preguntó en un tono de aburrimiento.

—¡Eres el amor de mi vida! —dijo con la voz exultante, los ojos brillantes de emoción y tocándole el hombro juguetonamente—. Y quiero verte sonreír.

No era la primera vez que una mujer se lo decía. Tampoco la primera que, luego de confesarle su falso amor, estira-

ba la mano para tocar su miembro con pasmosa arbitrariedad e incluso, las más atrevidas, hallaban la forma de frotarse contra su cuerpo para que él comprendiera los atributos que tenía a la mano para disfrutar como mejor le pareciera. Lo buscaban mujeres descaradas, recatadas o que fingían serlo, solteras, casadas, y también cazafortunas. De estas últimas abundaban. Lo buscaban por el hombre que creían que era; ninguna era capaz de ver debajo de la superficie, ni él lo permitía. No necesitaba a nadie hurgando en su vida personal e intentando afianzar un vínculo que no estaba dispuesto a fortalecer.

—Ahora solo tengo ganas de sexo. Abrir las piernas de una mujer y clavarme dentro de su humedad —dijo con desparpajo. No tenía tiempo para sutilezas ni tampoco estaba pensando en los sentimientos ajenos.

—¿Me estás intentando seducir? —preguntó la chica agitando las pestañas.

«Ilusa, y con poca estima por sí misma, definitivamente», confirmó Chase con desprecio. A él solo le interesaba desahogarse, y para eso no requería conversación. Si ella estaba más que dispuesta a servirle de punto de recepción de esa necesidad, le parecía bien. No iba a negarse a sí mismo el placer.

—Por supuesto... ¿Te gustaría tomar algo en mi habitación? —preguntó con esa línea de diálogo que estaba desgastada de las veces que la había utilizado.

Durante un breve e intenso período fue algo promiscuo, y reconocía que le gustaba la variedad. Sin embargo, cuando se vivía tan a tope como lo había hecho, empezaba a sentir aburrimiento. Eran escasas las mujeres que lo sorprendían de verdad, en aspectos más allá de simples asuntos entre sábanas, pero por lo general Chase no tenía intención ni tiempo para invertir en ellas. Tan pronto como salía de la cama, las olvidaba.

—Me encantaría —replicó ella acompañándolo cuando Chase empezó a caminar de nuevo hacia la suite. En este

viaje no le habían asignado compañero de habitación, que por lo general solía ser su mejor amigo desde hacía años, Pilsen.

—Okay.

—Eres tan guapo, Chase...

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, porque eso era lo más importante.

No era imbécil. Si se trataba de una trampa para hacerle mala prensa diciendo que había abusado de una menor, la NHL (Liga Nacional de Hockey, por sus siglas en inglés, de Estados Unidos) y su equipo lo pondrían en lista negra y seguramente afrontaría un maldito juicio. No, gracias. Había escuchado varios casos de jugadores de alto rendimiento de diferentes disciplinas, cuyas carreras terminaron por escándalos sexuales. Él no iba a engrosar la lista, menos cuando todavía le quedaban varias temporadas de hockey por delante. Dar munciones para que lo acribillasen en la prensa, con o sin argumentos, era estúpido.

—Veintidós...—dijo mordiéndose el labio inferior con picardía. O al menos eso dedujo Chase que trataba de hacer.

—No me gustan las mentiras —le dijo con dureza.

La chica, al ver que quizá la oportunidad de tener sexo con el hombre al que adoraba, y por el que vivía prácticamente enchufada a los partidos de hockey parecía estar a punto de esfumarse, se apresuró a sacar su identificación y la extendió hacia Chase con nerviosismo.

—Tengo la suficiente experiencia para hacerte pasar un buen rato —se apresuró a agregar, mientras él leía el DNI.

Él sabía que podía ser falso, pero si algo aprendió cuando vivía en refugios de mala muerte durante las frías noches de Chicago fue a elaborar documentos para los niños adinerados menores de edad que querían entrar a los bares y discotecas en la ciudad. Revisó los sellos. La identificación era legítima.

—Rosie Huffings. Veintidós años —dijo él sin demasiado entusiasmo.

Le devolvió el documento. Él deslizó la tarjeta magnética sobre el panel, y cuando escuchó el "clic", entraron.

Chase se quedó atónito cuando puso un pie en la alfombra beige. Dejó caer a un lado la maleta, que llevaba al hombro, con despreocupación.

La habitación no estaba vacía como habría esperado.

—¿Qué demonios? —preguntó cuando vio a una mujer guapísima, sentada sobre su cama, y elegantemente vestida con traje de ejecutiva que de seguro habría sido comprado en Neiman Marcus o alguna costosa tienda de ropa femenina. Llevaba zapatos de punta, y el cabello castaño recogido en tocado alto. En la expresión de ese rostro no se adivinaba ni un ápice de complicidad o intención de ser amigable.

La mujer miró a Rosie con desaprobación, y esta se sonrojó.

—Hola, señor Beckett —saludó la desconocida con un tono formal—. El entrenador en jefe, Argos Ryster, me indicó en dónde podía encontrarlo.

—Mmm —murmuró en un gruñido.

—Este hotel le pertenece a uno de sus patrocinadores y ellos pagaron mi vuelo desde Chicago hasta Nashville. No dudaron en darme la llave electrónica cuando les dije a los gerentes de este fantástico hotel que yo formo parte del equipo de trabajo de los Chicago Warriors. Usted tiene muchos fans —dijo con suavidad e intentando contener una sonrisa al ver que había interrumpido una sesión de sexo a punto de concretarse. A ella no le iban a pagar por preocuparse de la vida sexual, frustrada o exitosa, de un jugador de hockey sobre hielo—. Eso es bueno.

—¿Y...? —preguntó Chase cruzándose de brazos.

—Y ahora mismo esta guapa jovencita —miró a la rubia— va a abandonar la habitación, y así usted y yo vamos a tener una seria charla sobre su imagen pública.

Al darse cuenta de que era ignorada, Rosie se aproximó al sensual deportista de un metro ochenta y cuatro centí-

metros de estatura, y lo agarró del brazo para llamar su atención. Él bajó la mirada como si se hubiese olvidado de que ella estaba allí.

—Al parecer mis planes han cambiado, Rosie —dijo Chase sin emoción.

—Será mejor que me vaya... —susurró la chica con decepción—. Te dejaré mi número —rebuscó en el bolso un trozo de papel, garabateó un número, y lo guardó en el bolsillo del pantalón de Chase—, llámame cuando quieras para retomarlos. Estaré aquí en Nashville dos días más, pero si tú me lo pides te seguiré a la siguiente ciudad en donde jueguen los Chicago Warriors. —Luego cerró con suavidad, y su presencia fue olvidada por completo en la suntuosa suite.

Chase sacó el papel de su bolsillo, lo arrugó en un puño y lo lanzó sin reparar en dónde cayese. Luego dirigió toda su furia a la mujer que acababa de arruinarle el polvo de la noche.

—¿Quién rayos eres, y qué crees que estás haciendo aquí? —preguntó acercándose. Parecía estar lanzándole dagas de hielo con sus ojos grises.

—Alicia Krutcher —replicó sin sentirse intimidada.

En la vida, ella se había enfrentado a peores situaciones que un jugador de hockey con mala reputación, cuerpo esculpido y rostro de ángel caído. La voz acerada de ese hombre en particular no le causaba ningún efecto. Había estudiado el perfil de Chase y sabía que si él atisbaba un milímetro de debilidad la destrozaría con sus palabras y le quitaría la oportunidad de continuar el trabajo para el cual la habían contratado. Un trabajo que no podía perder bajo ninguna circunstancia.

Reformar a Chase dejaría su carrera como relacionista pública en el ojo de otros posibles clientes. Su agencia lo agradecería muchísimo, y también su futuro económico. Se puso de pie y estiró la mano con una postura profesional.

Él solo miró la mano con perfecta manicura, pero no la tocó.

Alicia bajó la mano sin sentirse ofendida, y recordando que esa noche tal vez no era la mejor para soltar su discurso, pero no tenía otra oportunidad. Debía empezar su trabajo. Sabía que los Warriors habían perdido la entrada a los Playoffs para la Copa Stanley, y el mal humor de Chase era comprensible, pero no iba a disculpárselo. Conocía que, al menos de todo el estudio mediático sobre Chase que había hecho, cuando él no se salía con la suya tendía a ser indiferente, frío o distante con la prensa, y eso no resultaba en absoluto a favor de él, menos de los Warriors. Alicia se debía a sus nuevos clientes, y pensaba entregarles los resultados por los cuales estaban pagando una alta suma de dinero.

—Soy la encargada de mejorar su imagen pública, señor Beckett. Será mejor que modifique un poco su forma de dirigirse a mí. Me gustaría empezar con pie derecho —sonrió—. Le ayudará enormemente colaborar conmigo si quiere que su contrato con los Chicago Warriors pueda ser renovado con la bonificación económica, el reconocimiento y otras interesantes posibilidades.

Chase apretó los dientes.

—¿Qué tienes que ver con mi contrato, Alicia? —preguntó con desafío, tutéandola. Entrecerró los ojos de pestañas largas.

—Garnett McTavish, el dueño de los Warriors, contrató directamente a la agencia para la cual trabajo, Push Fire. Dejó en claro que mi veto de confianza será un punto que tomará muy en cuenta a la hora de decidir o no la renegociación, con su representante y demás integrantes de su equipo de trabajo, señor Beckett. Eso es todo —dijo con una sonrisa estudiada y que consiguió, lo sabía, sacar de quicio a Chase. No era su intención, pero acababa de descubrir que exasperar a ese hombre tenía un efecto casi afrodisíaco. Curioso... y preocupante.